1755
95
py 1

TRES CARACTÉRES.

BOCETOS BIOGRÁFICOS CUBANOS,

POR

ISAIAS.

KEY WEST, FLA.
TIP. DE LA "REVISTA POPULAR."
1889

Del Sr. Zo

TRES CARACTÉRES.

BOCETOS BIOGRÁFICOS CUBANOS,

POR

ISAÍAS.

Manuel de la Cruz

KEY WEST, FLA.
Tip. de la "Revista Popular."
1889.

F1755
.C95

Gift
Louis M. Perez
FEB 03 1903

13-19550

José Antonio Cortina.

Nació en una tienda de Guanajayabo, Cárdenas, el 19 de marzo de 1852. Hizo sus estudios en Cárdenas y en la Habana, y cursó leyes en Madrid y Barcelona, obteniendo en esta última ciudad, en 1873, el grado de Doctor en ambos derechos. En 1874 regresó á la Habana y fundó la *Revista de Cuba*. Tiene un poema épico, inédito aún, titulado *Las Ruinas del Coliseo*. Falleció en la Habana el día 14 de noviembre de 1884.

JOSÉ A. CORTINA.

I.

La nueva jeneración cubana no olvidará jamás al tribuno de la nueva era, al orador de lo que fué—aunque fujitivamente—etapa de renacimiento, de restauración de enerjías. No olvidará jamás los acentos de aquella voz varonil y vibrante, aquel cuerpo airoso, bizarro, hecho para el pedestal de la tribuna, aquella cabeza escultórica, ornada por negra, abundosa y alborotada melena, la barba árabe, el perfil asirio, la mirada profunda y vivísima, naturales, plásticos adornos de su desbordada elocuencia de su palabra prestijiosa, viril, intrépida, de las ideas y sentimientos, esencial y profundamente cubanos, que se encarnaban en su personalidad.

José Antonio Cortina fué la expresión más genuina de su época, es decir, del período comprendido entre el pacto del Zanjón y los sucesos acaecidos hasta 1884, año en que falleció. Como hombre de su siglo, y como cubano liberal sincero, fué un abolicionista práctico. Tronó en la tribuna contra la odiosa esclavitud, presidió la Delegación de la Sociedad Abolicionista, realizó cuanto estuvo á sus alcances en pro del paria negro de Cuba, no ocultaba la repugnancia con que veía á muchos de sus correlijionarios entonar alabanzas á la Libertad mientras explotaban una cáfila de siervos, y cuando, autorizado por la Ley, entró en posesión de su patrimonio, completó honradamente su levantada labor de propagandista, manumitiendo los esclavos adscritos á la herencia.

Más que un literato fué un Mecenas. Fundó la *Revista de Cuba*, publicación enciclopédica, digna sucesora de la famosa *Revista Bimestre Cubana* que redactaban Varela, Saco, Luz y Delmonte, rodeándose de hombres nuevos como el malogrado Julián Gassie, como el conspícuo crítico de filosofía Enrique José Varona y otros distinguidos escritores, aumentando el estímulo con veladas literarias, políticas, históricas ó filosóficas, esbozo de Ateneo que luego dió origen á Liceos y Sociedades de instrucción. La

Revista de Cuba era la encarnación del ideal de su creador y director; exponía los frutos más selectos y jugosos del talento cubano; la prensa extranjera le rendía pleito homenaje, pero nuestro público, por causas que no son del caso investigar, pero que enumeradas constituirían el proceso de su menguada indiferencia y habitual apatía, no correspondía al jeneroso esfuerzo; la empresa era una carcoma que roía el capital de Cortina. Cortina juró arruinarse antes que hacer desaparecer la publicación, y el último número de la *Revista de Cuba* fué la corona fúnebre de su perseverante director. El correcto poeta Diego Vicente Tejera tuvo siempre en Cortina un amigo liberal, enamorado de su injenio, y no pocos escritores vieron á Cortina asociarse á sus planes de publicación como asociado pródigo, ávido de renombre intelectual para su pueblo.

Cortina fué uno de los fundadores del Partido Liberal, su paladín más brioso, intrépido é indisciplinado; el primero de sus tribunos, sin disputa el propagandista que le conquistó más prosélitos. Desde el primer momento figuró en la extrema izquierda de la Junta Central; en la tribuna era el orador más *inconveniente*, y estas manifestaciones de radicalismo, reiteradas en todas partes, vinieron á tejer su corona

de espinas. El predominio del elemento retrógado, en la Directiva del Partido, elemento compuesto de hombres tibios, moldeados en el coloniaje, partidarios acérrimos del *dolce far niente* que informa la política española, espíritus contemporizadores, inhabilitados para la acción, que acentuando sus tendencias han dado marjen á todos los cismas que han surjido en el seno de la congregación, al retraimiento de Varona, y á otros conflictos de menor importancia, empezó cargando de plomo las alas de águila de su más fogoso tribuno, por alejarlo de su tribuna oficial, por fiscalizar sus actos, acabando por negarle su apoyo en los comicios, por lo cual no llegó jamás á sentarse en los escaños del Congreso español. Antes de morir, Cortina era un cismático tácito; muchos de sus más sesudos colegas veían en él al presunto caudillo de una disidencia; murió y la popularidad que lejítimamente había alcanzado decretó la apoteósis del tribuno.

Su más famosa arenga, quizá el discurso más elocuente que se haya pronunciado en Cuba, fué la breve, enérjica y contundente oración que improvisó en el teatro de Payret, magnífico de indignación, en que dispersó á los futuros miembros y afiliados del incipiente partido Liberal-Nacional, clavando en la picota del ri-

dículo el viejo fantasma de la Integridad. Fué un discurso único, fulminado como un latigazo, fraguado en un instante, pronunciado como un anatema solemne en nombre de la dignidad cubana. Puede compararse á este discurso, aunque sin hombrearse con él, el que pronunció ante la Audiencia vindicando la memoria del infortunado *Plácido.* Cuando demostró cumplidamente la inocencia del poeta, planteó este inexorable dilema: "Si absolvéis al periódico denunciado, condenáis categóricamente á los infames jueces del poeta; si condenáis al periódico denunciado, os hacéis solidarios de la sentencia de aquellos mercaderes de la justicia." El periódico fué absuelto: la memoria del poeta quedó rehabilitada, como ya lo estaba en la conciencia cubana, por un tribunal español.

II.

Educado en España, donde residió algunos años y donde, siendo estudiante, arengó á un puñado de republicanos desde lo alto de una barricada, pasó luego á Francia, recorrió la Italia, la Suiza, la Inglaterra, los Estados Unidos, regresando á su patria cuando se libraban los

últimos combates por la independencia. Mientras lejiones de cubanos, consagrados al sacrificio, luchaban famélicos, desnudos, aislados por la indifereneia de los más, obreros titánicos del ideal más alto y más noble de nuestro pueblo, Cortina, halagado por la fortuna, rodeado de las hadas de los frívolos deleites humanos, recorría el mundo como un turista inglés, es decir, como un ciudadano que no tiene que realizar un sacrificio inmediato en aras de la comunidad á que pertenece. Sin embargo, á medida que avanza por el escabroso sendero, á cada decepción que le propina la realidad de la política, la sangre que mana de sus heridas va salpicando de púrpura la bandera blanca del paladín de la paz, que en sus postreros días enarbolaba un arambel rojo, el símbolo de la intransijencia, adquirida al subido precio que se adquiere el desengaño en el poema de la vida. Faltó Cortina á un deber patriótico no prestando su concurso á los hombres de la Revolución; y decimos que faltó porque coetáneos suyos, que se desarrollaron, como él, lejos de la atmósfera cubana, renunciando deleites y bienandanzas, no vacilaron en acudir al resonar el clarín de guerra. Pero esta falta será recompensada con creces ante su propia conciencia. Lentamente, por sucesivas evoluciones, irá de-

bilitándose en él el principio reformista, la fe en España, y aproximándole más al excepticismo, cuya última consecuencia es el separatismo. Señales de esta evolución fueron, entre otras de menos relieve, la indignación con que protestó de las insolentes frases vertidas en el Parlamento español por Romero Robledo, cuando dijo que el Pacto del Zanjón era la *hoja de parra* que se arrojó á la Revolución Cubana para que cubriera su vergüenza; y aquel pasaje de un discurso de aniversario en que, ante la aterrada Directiva del partido, calificó de "inmortal y gloriosa" la obra de los hombres de Yara. Un paso más, una emerjencia favorable de las circunstancias, un hombre de acción, y Cortina, á no haber segado el destino su existencia, hubiera sido un revolucionario de acción.

Hombre de temperamento optimista, como José Antonio Saco, que siempre fué un utopista en política, aunque aventajando á su ídolo y maestro en el cubanismo de los sentimientos, al ver surjir, cristalizado, á raíz del Zanjón, el ideal del viejo titán del reformismo, que no otra cosa es el actual partido autonomista, abrazó la causa del idealismo resucitado con el fervor de un apóstol, con la devoción profunda de un sectario. Sobrevino entonces la porfiada lucha

entre su ideal y la realidad multiforme y abrumadora, realidad que como una hidra era la intransijencia desembozada del elemento peninsular; la intransijencia secular de lo que Cánovas ha llamado la realidad nacional; la conformación histórica del pueblo español, propia para producir un Pizarro, incapaz de producir, como exponente de la raza, un Gladstone; la tendencia reaccionaria del elemento director de su propio partido; y de esa lucha, que fué un martirio oscuro, pero largo y doloroso, templado y depurado por la experiencia, surjió otro apóstol, que la muerte agostó antes de iniciar la nueva predicación.

Aquí se ostenta en toda su grandeza la magnanimidad de sus sentimientos, el absoluto desinterés con que sirvió su causa, que más bien quebrantó que favoreció su peculio. Las transformaciones de su creencia política obedecieron á exijencias de la realidad, á hechos de experiencia, en armonía con la índole de su carácter. Por eso no fué un *político* en la acepción casuística de esta palabra, pero fué un patriota, un hombre de su pueblo que refiejó una etapa de la conciencia social. No por autonomista fervoroso, sino como el más cubano de los autonomistas, fué el blanco de las iras de la reacción española, que una vez intentó lapidarlo, y á tí-

tulo también de cubano *exaltado* fué derrotado en Santa Clara por un liberal de la extrema derecha, el Sr. Gabriel Millet. De aquí la verdad de nuestra aserción al decir que el cubanismo de sus sentimientos, por el cual mereció la apoteósis, fué á la vez la cruz de su martirio.

III.

La crítica, áun la más serena y levantada, con la independencia de jucio que es el elemento jenerador de la verdad y la justicia, verá en sus discursos desbordamientos de una fantasía indómita y exuberante, carencia de precisión en la fraseolojía, ausencia de método, absoluta indisciplina mental. El mayor número de sus discursos literarios, no pocos de sus discursos políticos, y aún las producciones de su pluma, serán justamente calificados de obras mediocres. Sus mejores lucubraciones, los mejores frutos de su talento, fueron las oraciones tribunicias, las improvisaciones del momento, el período candente, incorrecto, desmelenado; pero lleno de pasión, de alma, de vida moral, si es permitido decirlo así. Porque en Cortina, por un curioso y no raro fenómeno psico-

lójico, todo era emoción, y á la emoción hay que referir los éxitos y el brillo de su carrera política. Hombre culto, pero que no se curó de metodizar sus conocimientos, que leía afanosamente sin realizar la debida asimilación que duplican las enerjías mentales, su intelijencia, en todas sus manifestaciones, aparecía inferior á su corazón. Su primera y meritísima campaña en pro de la abolición de la esclavitud y después del patronato, fué obra de sentimiento puesto que era obra de justicia, y en éllo la reflexión representaba un papel secundario, si bien importantísimo. Sus esfuerzos en pro del acrecentamiento de nuestra cultura por medio de su excelente publicación la *Revista de Cuba*, fué obra de pasión, de fervor cubano, pues su contribución intelectual á la obra común fué insignificante. Toda su labor política, ya lo hemos demostrado, fué labor sentimental. No quiere decir esto; y casi nos parece ocioso insistir en anticiparnos á la objeción, que Cortina procedía por corazonadas, por impulsos puramente sentimentales,—lo que no se compadecería con la parte que hemos referido á su intelectualidad en la evolución de sus principios. Queremos decir que en todos sus actos preponderaba sin desfallecimientos un sentimiento contínuo, constante, vivaz, que se armonizaba con sus reflec-

siones, todas de carácter emocional. Fué, pues en todo el rigor de la frase, un filántropo cubano; á existir en Cuba circunstancias propicias, la división del trabajo le hubiera asignado en cualquier situación la misión que desempeñó: la de tribuno del pueblo. Así, y no de otro modo, tendrá que estudiarlo la crítica de mañana.

Fué la expresión más jenuina de su época; porque encarnó el optimismo de nuestro renacimiento político, de aquella etapa de deslumbramiento en que la fuerza de la ilusión borró de nuestra historia la cruenta epopeya de diez años y las causas que la incubaron. El cielo que recorrió, otros lo han recorrido después de él, otros han llegado, por el mismo sendero, al mismo asilo á que él encaminaba sus pasos en las postrimerías de su vida, cielo que habrán de correr todos los que estén animados de sus levantados sentimientos. Quizás no esté lejos el día en que toda la colectividad siga las huellas del tribuno prestijioso.—Porque expresó toda la gama del sentimiento cubano, porque fué el eco de su pueblo en todas las horas y en todos los momentos, porque fué, en el momento en que vivió, carne de la carne de sus hermanos; cuando cayó exánime en la arena del combate, sus hermanos cubrieron de flores su

cadáver; se disputaron el honor de hacerlo pesar sobre sus hombros; en imponente, grandiosa procesión, lo condujeron al sepulcro, en un día magnífico, radioso como la aureola de su gloria, venerando su ejemplo y consagrando su memoria, más alta cuando se torna la vista á la triste realidad de nuestros días.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

Nació en la ciudad de Puerto Príncipe, en 1849. Hizo sus primeros estudios, hasta alcanzar el grado de bachiller, en las Escuelas Pías de su ciudad natal. A los dieziséis años publicó una obrita, agotada, sobre los oríjenes de las principales familias del Camagüey. A fines de 1878 se esta bleció en la Habana, donde aún reside.

Enrique José Varona.

I.

EL CAMAGÜEY, que nos dió en Gertrúdis Gómez de Avellaneda la primera de nuestras poetisas, lugar que también ocupa en el Parnaso Universal; en el inviolado Ignacio Agramonte el carácter más excelso que ha producido jamás el pueblo cubano; ha dado á Cuba intelectual, en Enrique José Varona, uno de sus pensadores más orijinales y fecundos, el primer crítico de filosofía que se produce en lengua española, entre los de la época actual.

No es Varona un producto extraño á la naturaleza de la familia cubana, bien al contrario, es un fruto jenuino. Así como Luís de Aguiar, el popular guerrillero *Pepe Antonio*, el denoda-

do Joaquín Agüero, y los lugartenientes de Narciso López, son antecesores lejítimos, precursores de los paladines de la Revolución de 1868, así el venerando Padre Varela y el inmaculado D. José de Luz y Caballero, para no señalar sino los más conspícuos, son en la raza los precursores de Varona. No sólo por el carácter de su intelijencia, por la evolución de sus principios políticos, por la índole de sus producciones todas; Varona es una personalidad esencialmente cubana, que refleja su raza, su época y su medio.

Varona filósofo, según el pensador francés Bernard Pérez, "es un campeón ardoroso y convencido de la filosofía experimental," "un hombre de mérito, erudito, crítico juicioso, y escritor claro y elegante." Refiriéndose el mismo escritor, en las pájinas de la *Revista Filosófica*, de París, al tratado de *Lójica* de nuestro compatriota, decía: "La traducción de este libro obtendría fácilmente carta de naturaleza en nuestra enseñanza. De todos modos, el libro del Sr. Varona será consultado con provecho por los profesores más ó menos familiarizados con la lengua española, hallando en él preciosos materiales para la composición de un curso de lójica, que se echa de menos en nuestras clases de filosofía." No sabemos que

se haya dicho nada semejante, en centro de tan alta cultura como París, de ningún pensador español ó hispano-americano, consagrado á esta clase de estudios. Esto justifica la aseveración estampada en el primer párrafo, que ha podido parecer interesada y gratuita. La *Lójica* de Varona rije como texto en el Instituto de Segunda Enseñanza de la ciudad de Matánzas, y ha sido citada en algunas obras del distinguido escritor peninsular D. Urbano González Serrano.

La *Psicolojía* y la *Moral*, que completan la serie de *Conferencias Filosóficas* de Varona, son en conjunto acreedoras á idénticos elojios que la *Lójica*, lo mismo que los folletos y estudios diversos que versan sobre asuntos filosóficos, algunos de los cuales son realmente excepcionales, como el que consagró al *Bandolerismo*. Como no entra en nuestro plan el estudio del crítico de filosofía y su vasta y sábia obra, nos limitamos á decir que á quien sigue más de cerca es al egrejio filósofo inglés, Herbert Spencer, aunque conservando su independencia, que es grande, y su orijinalidad, que es mucha, dentro de la escuela asociacionista. Siéndonos forzoso referirnos á todas sus producciones en el curso de este boceto, la filosófica inclusive, no podemos prescindir de bosquejar los distintos

aspectos de su extraordinaria y prolífica actividad mental.

La labor de Varona poeta la constituyen tres volúmenes, *Anacreónticas*, *Poesías*, y *Paisajes Cubanos*, amén de gran número de composiciones publicadas en periódicos, semanarios y revistas.

Varona es un colorista excelente; con la mispropiedad con que reproduce los colores de lo que describe, reproduce sus líneas y sus contornos. Más que la expresión personal, íntima, de sus efectos, conviene á su musa la expresión de los efectos sociales. Desde este punto de vista, y también por la ejecución, la mejor de sus creaciones poéticas es el poema de la colección de *Paisajes Cubanos*, títulado *Bajo la Capa del Cielo*. Por el realismo en las descripciones de la naturaleza, en la pintura de los personajes, en el movimiento de la acción, *Bajo la Capa del Cielo* contiene y expone el espíritu de su autor en cuanto artista y como producto de la sociedad cubana.

La ejecutoria de Varona conferencista la forman siete conferencias, seis reunidas en un volumen [*Seis Conferencias*], entre las que brillan por su superioridad las tituladas *Cervántes*, *Víctor Hugo como poeta satírico*, é *Importancia Social del Arte*.

La precisión en el empleo de las frases, el rigor del plan, la claridad en la exposición, el caudal de ideas, la poesía en la concepción y en los detalles, y la alteza en la doctrina, la erudición consciente y el juicio reposado y profundo, son los distintivos de estas críticas orales, que lo son también de su majistral conferencia *El Poeta Anónimo de Polonia*, donde, como en el ya mencionado poema, toda la inspiración del artista, todos los recursos del literato, fueron puestos á contribución por el cubano melancólico, que lanza clamor de honda angustia ante la menguada é indiferente muchedumbre.

Análoga á la ejecutoria del conferencista es la ejecutoria del crítico literario, reunida en otro volumen bajo el rubro de *Estudios Literarios* y *Filosóficos;* análoga porlos merecimientos, por el valor intrínseco, por lo que en dicha obra hay de estudio cuidadoso y de grande y verdadera orijinalidad. Por su índole, aparte de su mérito crítico, destacaremos el célebre trabajo de polémica titulado *Ojeada sobre el movimiento intelectual en América.*

Basta lo expuesto para demostrar que el escritor cubano más fecundo de nuestros días es Enrique José Varona, el cual, como crítico de filosofía, no tiene rival ni en nuestra patria ni

fuera de ella, entre escritores españoles. Como conferencista, está á la altura de Enrique Piñeyro; como poeta, es el primero entre los de la nueva era; como crítico literario no tiene más rivales que Enrique Piñeyro y Rafaél María Merchán.

II.

En su juventud, consagrada al estudio de los clásicos españoles, Varona fué francamente hostil á la Revolución cubana, como lo demuestra su desdichado drama *La Hija Pródiga*. No peseemos los datos necesarios para explicar este hecho que, sin que sea nuestro ánimo justificarlo, no es único en nuestros anales. Sin embargo, otros cubanos, en aquella época y en circunstancias más favorables, como que residían en tierra extranjera, procedieron de idéntico modo, ya aceptando francamente el papel de delegados del gobierno español, ó publicando folletos anónimos que en nada favorecían el espíritu de la Revolución. Varona, que residió en Puerto Príncipe mientras duró la guerra, pudo presenciar el holocausto del egrejio Agra-

monte, y fué, más que un simpatizador platónico, lo que entonces se denominaba un *laborante*.

Vino la paz y Varona emigró á la Habana, donde asociado al Dr. Cortina, contribuyó al prestijio y encumbramiento de la *Revista de Cuba* En esta etapa de renacimiento, predicando con el ejemplo, fué un guía, un director, y ocupó por fuero propio el primer puesto. No tardó en ingresar en el Partido liberal, figurando siempre en la extrema izquierda de su Junta Central. Como redactor de *El Triunfo* se hizo notar por sus vibrantes y elocuentísimos artículos, ya en forma de editoriales, ya en forma de sueltos breves, incisivos, á manera de certeras saetas de fuego. Ocupó distintas veces la tribuna y sus oraciones políticas, después de las de Montoro, fueron las lucubraciones más selectas de la propaganda autonomista. Habiéndole designado la Junta para el cargo de Diputado á Cortes por su provincia natal, aceptó la designación condicionalmente. Sucedía ésto cuando los reveses y agravios inferidos por el Gobierno al Partido Liberal habían menguado la fe y el entusiasmo de Varona. Aceptó, como hemos dicho, obligándose la Junta á asumir la responsabilidad de los actos del presunto representante del Camagüey en el Congreso español. Elejido por unanimidad, par-

tió á jurar el cargo, halló el Parlamento cerrado, celebró una entrevista con el ministro Tejada de Valdosera, y habiendo faltado en parte sus correlijionarios á los compromisos contraídos, regresó á Cuba, renunció el cargo de Diputado, el de Vocal de la Junta Central y el de redactor de *El Triunfo*, retirándose á la vida privada. Desde entonces en conferencias políticas ó literarias en sociedades libres, en artículos ó en poesías, en las pájinas de la *Revista Cubana*, de que es Director, ejerce el apostolado de la crítica política, sin prevenciones ni apasionamientos, convencido de que por la vía por que marcha el partido autonomista no se va en busca de ningún resultado práctico para los intereses cubanos. Narrada sucintamente la vida política de Varona, vamos á explicar la evolución de sus principios, los exponentes de estas transformaciones, señalando la armonía que existe entre la índole de sus últimas convicciones políticas y la índole de sus creencias filosóficas.

III.

En 1875, en su poema *Bajo la Capa del Cielo*, pintando al héroe, un mulato esclavo, dice:

"Hombre de hierro cuya risa impone
Y áun en silencio con la vista ordena,
De sus ájiles miembros no dispone,
Tiene un señor y sufre una cadena!"

El atleta de bronce, Pablo, es el amante de Rita, como él esclava, mestiza como él, que despierta en el amo el anhelo de la posesión. Mientras Pablo y Rita, escondidos en el boscaje, se refieren sus congojas, aparece Arturo de Guzmán, el señor del feudo,

"Y cuando él con horrible juramento
Oye el último grito de su queja,
Un mastín corpulento,
Sonando en la espesura como el viento
Salta á los pies de la infeliz pareja"

y Arturo de Guzmán, vibrando el látigo

"Que de azotar el aire ya mancilla,
Desgarra del esclavo la mejilla,"

Pablo, saltando sobre Arturo, lo lanza sobre la cresta de un barranco.

"Del meztizo frenético y rujiente
El erizado busto centellea,
Y entre sus dedos ríjidos seguro
Sobre la frente lívida del blanco
Ensangrentado el látigo chasquea.
Saliendo de lo oscuro,
De súbito el mastín con un rujido
A las anchas espaldas se le aferra
Y leal y traidor, brega encendido
Hasta que arroja á Pablo por la tierra.
Con todo el rostro de sudor manchado
Y el revólver en alto levantado:
—¡Perro!—rechina Arturo, al desasirse
De aquel puño de hierro.

Y viendo los dos cuerpos debatirse,
Dispara sobre el hombre y sobre el perro."

Rita

"Busca de Pablo la cabeza hermosa,
Y la ve pavorosa
Entre las garras del mastín enorme.
Quiere huír, y quedarse; da sin tino
Dos pasos hácia Arturo; al fin se pára
Y le tira á la cara
Este grito frenético:—¡Asesino!"

Aquí, bajo el artista, late el corazón de un cubano filántropo que se indigna ante la más horrible de las injusticias sociales.

En 1876, impugnando un discurso americanófobo de D Ramón López de Ayala, decía:

"Se monopoliza la enseñanza, se la ata al poste del texto forzoso, se enmordaza la prensa, se expurga el libro, se escucha con recelo la voz de la sabiduría, se la persigue y proscribe, y después improvisamos una cátedra y nos pavoneamos desde ella, llorando con escándalo farisáico sobre los escombros de las universidades, el abandono á soledad de las escuelas, la falta de cultura pública."—"Porque en Cuba, y apesar de lo que debía esperarse de sus tendencias, aptitudes y hábitos de raza, todo se ha debido al estímulo y esfuerzo individual."—

La majistral impugnación termina así:

"Si el Sr. López de Ayala ha procedido, al fulminar sus censuras, con precipitación y falta de examen; si ha sido guiado y ofuscado por miras apasionadas é injustas, resuélvalo él ante su conciencia Para nada necesitamos su confesión, Protestar sí, como hemos protestado, contra sus erróneos conceptos, en nombre de la dignidad de nuestra patria, en nombre sobre todo, de la Verdad y de su manifestación suprema, la Justicia."

El polemista enardecido y brioso, reconoce y sostiene amén de la existencia de una patria

cubana, que todo el progreso realizado en ella se debe exclusivamente al esfuerzo individual del cubano en porfiada y desigual contienda contra la acción absorbente del Estado. Nada más lójico y natural que el que así pensaba y sentía militase desde la primera hora en la secta de optimistas que asumió la representación del pueblo cubano despues del fracaso de la guerra. Pero hay que notar que mucho antes del Pacto del Zanjón, por el estudio y observación de los sucesos que se desenvolvían á su alrededor, habíase operado una transformación en sus ideas y en sus afectos; había roto con el espíritu que había inspirado *La Hija Pródiga* para asimilarse el espíritu cubano puro, como lo demuestran los pasajes que hemos copiado del poeta y del crítico literario. El período que siguió al Pacto fué un período de reacción, ó más propiamente, de restauración. Resurjió vigoroso y prepotente el idealismo de los reformistas de 1866; se borró de las conciencias, como una mancha de sangre, el recuerdo de la Revolución, de la que fué factor determinante el inícuo agravio que el Gobierno español infirió á la izquierda de la Junta de Información; la atmósfera estaba preñada de jeneroso optimismo, las almas henchidas de fe. Varona invadido por aquella epidemia de iluminismo po-

lítico, siguió la bandera de armiño de la Automía, pero figurando siempre en la exígua vanguardia de la lejión, en el grupo radical, que anteponía el sentimiento cubano á todo interés político. La observación constante de la realidad colonial, los golpes y decepciones sufridos en el ardor del combate, la apreciación exacta del problema político, fueron acentuando su radicalismo, favorecido por la tendencia de sus principios filosóficos. Faltaba una base para la completa modificación de sus creencias: esta base era el conocimiento inmediato de los políticos metropolitanos. Visitó la Metropóli, vió de cerca los estadistas de quienes depende el porvenir de nuestra patria, ratificó su experiencia y ya no tuvo más que un anhelo: decir al pueblo cubano qué podía y debía esperar de España. La oración fúnebre del Dr. Cortina, que no pudo estereotiparse, sirvió á Varona para exteriorizar su anhelo, hacer un acto de verdadero cubanismo, divorciándose en absoluto de la iglesia autonomista. Pudo decirse lo que se dijo de Zorrilla ante el cadáver de Larra, que del sepulcro de un autonomista sin fe surjia un paladín del pesimismo cubano. Los conmilitones de Varona guardaron silencio ante su actitud, no sin reconocer por ello que perdían uno de sus más esforzados adalides, el cerebro

mejor conformado de todos sus propagandistas.

Mucho antes de que decidiese retirarse al sagrario de su hogar, en 1880, decía en la dedicatoria de su tratado de Lójica: *Á la juventud cubana, en cuyo corazón deseo fervorosamente que jamás se extinga el amor á la ciencia que conduce á la posesión de sí mismo y á la libertad.* Toda la doctrina que ha expuesto en sus *Conferencias Filosóficas*, con anterioridad á la época en que se disgregó de la secta, es, en lo que cabe la aplicación de la teoría, el alegato más poderoso en pro del separatismo, mejor dicho, es su razón filosófica. Se nos argüirá que Varona es defensor acérrimo de la gran teoría de la evolución; pero la evolución no excluye, antes considera como una de sus fases necesarias, la revolución, de lo cual tenemos abundantes ejemplos en el orden físico como en el orden social. Precisamente á título de evolucionista es como justifica cumplidamente su actitud de hoy y su actitud de ayer, por sucesión lójica. Varona filósofo rechaza la metafísica, sin negar la importancia de su auxilio; no acepta sino hechos de experiencias, por la experiencia suministrados y comprobados. Apliquemos este su criterio al problema político de Cuba, y tendremos la razón lúcida de su correcta actitud, que aunque denominamos pesimismo porque lo es en nues-

tro medio respecto del idealismo utópico de los autonomistas, supone implícitamente un estado moral idéntico al de un apóstol de la nueva era de 1868. Cuando el pueblo cubano tiene conciencia de su dignidad y de su fuerza, asumen la dirección los más viriles, su programa es recabar por la fuerza la consagración de la patria cubana. Pero el esfuerzo no pudo traducirse en formidable realidad mientras no se agotaron todos los recursos de la evolución pacífica, mientras la experiencia no hizo unánime la convicción de que nada había que esperar de España. Terminó la guerra como un organismo exahusto de vitalidad, y vino la reacciòn lejítima, indispensable; asumieron la dirección los más débiles, los hombres de gabinete, los metafísicos, los que todo lo fían á la obra evanjélica de la palabra. ¿Quién había de dudar, tomando en consideración lo que supone un período de restauración, que España no aprovecharía la tremenda lección y el cruento escarmiento que le inflijió la virilidad del pueblo cubano? El optimismo fué entonces casi una necesidad, pero fué también la negación de la experiencia histórica. Á medida que los hombres de la propaganda tratan de hacer implantar sus soluciones, surje la discrepancia entre lo ideal y lo real, se ahonda el abismo, se vuelve al camino

de la experiencia, se echa de ver que si no sirvió de provechosa lección la emancipación del continente, tampoco había de aprovecharse la de la Revolución de Yara, y se ve cómo, con sólo una variación cronolójica, se vuelve al estado de cosas, con leves modificaciones en lo político, con el problema social resuelto por el impulso inicial de los lejisladores de Guáimaro, que precedió á los albores de la guerra. La observación de Varona vió ésto, y si rompió alianzas con sus antíguos compañeros en la comunión de la gran utopía, fué porque además notó que con el propósito de mantener la paz á toda costa se cohibía la iniciativa popular, se imponía autoritariamente una solución, se luchaba por la asimilación moral del pueblo cubano al pueblo español, lo cual, tras de ser empeño insano, supone la anulación de nuestra personalidad como agregado social con caractéres propios.

Desde entonces, desde que recuperó su independencia, ha venido ejerciendo con intachable civismo, con alteza de miras, con severidad de juez, el apostolado de la crítica política en todas sus manifestaciones, labor que comparte con él en las pájinas de la *Revista Cubana*, otro pensador no menos ilustre: Manuel Sanguily. Vamos á ver, tras del examen, tras del análisis

del crítico, cuales son sus últimas ideas. Prestémosle atención:

"Tiene un poema,—el poeta polaco Krasinski—*El Ultimo*, en que describe las torturas de un prisionero polaco, sepultado en una vieja torre en el fondo de las estepas del norte. Nadie lo acompaña, sino el amor á la patria, la esperanza incierta y cada vez más remota de ser libertado y la contemplación perenne de su desventura. Unas tras otras desfilan ante sus ojos las peripecias del drama sombrío en que es actor y víctima; y ya se ve ante sus jueces y verdugos, que lo condenan por el delito de ser hombre y de haber olvidado el poderío del gobierno, árbitro de la muerte y la vida; y ya se ve en la interminable ruta, en medio de la terrible caravana; delante la linea blanca del horizonte sin límites, á que no se llega jamás; detrás la silueta confusa de las habitaciones humanas, á que no se ha de volver; entre un círculo de soldados tétricos se arrastra el prisionero con los pies ensangrentados; y marcando el camino con las huellas que dejan sus cascos en la nieve, va un caballo sin jinete, que lleva pendiente de la silla el látigo con garfios de hierro que abren las carnes, el símbolo de la justicia del czar. Era el *Knout*, cuyo nombre no había tenido equivalente en ningún idioma occidental, hasta que ha venido á encontrarlo en tierra americana y en lengua europea.

"¿A dónde habían ido los sueños apocalípticos de una resurrección gloriosa? ¿Qué les había traído el nuevo ideal de resignación y sacrificio? Había paralizado sus esfuerzos y esterilizado su abnegación. Entonces sí pudo decirse—la historia posterior lo demuestra—la triste frase de Poniatowski: *finis Poloniæ*; Polonia había terminado.—Ya sabemos que allí quedan sus antiguas ciudades; todavía crecen en sus llanuras las mieses doradas; la industria afanosa llena los talleres y el tráfico activo atruena las plazas; hay pueblos, sociedad, hombres.... pero esos hombres que van juntos no se aman; esas manos que se tocan no se estrechan; esas sonrisas que se

cambian no dan calor á sus almas que se miran con recelo como extrañas. A ese pueblo falta el verdadero vínculo social, una aspiración común que realizar, una obra común que completar. En vano presenta los síntomas exteriores de la vida; por medio de la atmósfera glacial que allí se respira pasa á intervalos un extremecimiento interno, y hay algo que dice sordamente con voz lúgubre:—Aquí ha muerto un pueblo! Sí, murió; se extinguió; pero no como bólido brillante que estalla con trueno prolongado en llúvia de estrellas, y deja por largo tiempo su imajen luminosa en la retina del espectador atónito, sino como astro distante arrastrado en la órbita de un sol mayor, que se va enfriando lentamente hasta petrificarse y perder toda luz; aún llegan sus rayos á nuestros ojos y ya hace mucho que es sólo masa informe y opaca; aún repiten nuestros lábios su nombre, cuando ya no es más que el cadáver de un mundo."

¿Quién no ve en esos períodos de su majistral conferencia *El Poeta Anónimo de Polonia*, más ó menos velada bajo el símbolo, la imajen dolorida de la patria cubana; la amarga lamentación del cubano escéptico que llora ó se indigna ante las miserias del presente, recordando melancólicamente las grandezas del tiempo heróico?

Enumerando los factores orijinarios ó adquiquiridos, á que hay que referir la existencia del bandolerismo, dice:

"Al estudiar el estado de nuestras costumbres, para que nos digan de qué modo pueden fomentar esta terrible dolencia, se nos ponen por sí mismos de manifiesto dos caractéres jenéricos de influencia decisiva, la crueldad y la improbidad. La esclavitud no amamanta sino tiranos; y la peor especie de tiranía es la doméstica. En campos y ciudades hemos vivido entre hombres carga-

dos de cadenas; hemos presenciado tormentos terribles, impuestos por causas fútiles; y hemos oido constantemente referir historias horrendas de muertes violentas que han quedado casi siempre impunes. Del desprecio de la persona humana al desprecio de la vida humana no hay más que un paso. Y aquí lo hemos visto salvar constantemente. No ha sido el sudor, sino la sangre de los hombres lo que ha fecundado nuestros campos. El poder de maltratar á otro sin el temor de ningnna suerte de resistencia enjendra la peor especie de ferocidad, la ferocidad á sangre fría. Tres largos siglos han durado los horrores de la piratería en el mar para traernos negros; de las batidas con perros de presa en los bosques para perseguir á los cimarrones; del cepo, de la cadena y el látigo en la finca y en el hogar doméstico, para asegurar la sumisión del esclavo: ¿Qué sentimientos han podido enjendrarse en la población híbrida, ignorante y fanática que se formaba en nuestros campos, aumentada parte por el cruzamiento, parte por la inmigración de hombres no menos duros, crueles, incultos y fanatizados? El ánsia desapoderada de la riqueza, del lucro por lo menos, que parece ser característica de los pueblos nuevos en nuestros tiempos, ha reinado entre nosotros sin contraste, y ha subvertido los principios fundamentales de la probidad social. Enriquecerse á toda costa ha sido aquí el objeto principal de la vida. Y la fortuna ha podido cubrirlo, cohonestarlo, dorarlo todo. De mozo de cordel á negrero, de negrero á título de Castilla. Esta ha sido la escala. Y una vez en lo alto, nadie ha mirado hacia abajo. Las manos podían estar súcias de carbón ó de sangre, pero con ponerlas á la espalda, la banda de la gran cruz brillaba sobre el pecho en su esplendor inmaculado. De aquí han nacido como de un manantial inagotable, la mala fe en los contratos, el fraude en el comercio , la informalidad en todas las transacciones, el cohecho y la venalidad convertidos en instituciones, el *negocio* sustituyendo naturalmente, sin esfuerzo, sin asombro de nadie, al trabajo, á la industria, á la pericia, á la ciencia. El juego, una de las gran-

des plagas de la sociedad española, se ha cebado en Cuba, sobre todo en el presente siglo. Se ha jugado en el rancho del peón de ganados y en la lujosa vivienda del cafetal; en la bodega de extramuros y en el palacio del conde, del marqués y del capitán jeneral.

"El gobierno es no sólo un exponente del estado de cada sociedad en cada época, sino un ajente de potencia infinita en cada caso.—Desde que empezó á vacilar el imperio español en América, el gobierno de la metrópoli dejó caer una mano de hierro sobre Cuba. El patíbulo no ha descansado más. Proscribir y desterar por meras sospechas ha sido cosa habitual; á veces ha bastado la inquina de un funcionario ó de un particular con buenas relaciones, para consumar la ruina de una familia, á causa de la expatriación de su jefe. Desde abofetear en las calles á un simple detenido, hasta matar á tiros, en poblado ó despoblado, á los presos, no ha habido violencia que no se hayan permitido los ajentes de la autoridad.—En el caso especial del bandolerismo nada ha sido tan desmoralizador como la acción del gobierno. En momentos de arrebato ha atropellado por todo, y se ha encarnizado por meras sospechas con comarcas enteras; y poco tiempo después se le ha visto pactar con los bandidos, ó lo que es todavía peor, echar mano de la felonía y la traición para deshacerse de éllos.—Un gobierno que desmoraliza con su ejemplo, forma él mismo los criminales que habrá de perseguir después.

"El país es extenso y fértil, el clima tropical sin ser muy riguroso gracias á lo estrecho de la isla, húmedo, y por tanto enervante; donde no hay bosques impenetrables hay ciénagas casi inaccesibles; su población es escasísima. La sociedad ha estado fundada en la explotación sin misericordia del hombre por el hombre. Es decir, se ha quedado en el primer peldaño de la civilización. Donde las llanuras inmensas y los pastos naturales (v. g. Camagüey) han fomentado la crianza de ganados, que aproxima poco á los hombres y los endurece á la fatiga; donde montañas alterosas y abruptas (v. g. Oriente) han formado una población recia y poco socia-

ble, el réjimen social se modificado, mejorando las condiciones morales que dan tono al grupo colectivo; si la cultura ha sido deficiente, el carácter se ha conservado más entero. Pero donde se estrecha la isla, y la población, atraída por las aglomeraciones urbanas, se ha hecho más densa, las razas y las clases han pesado sin contraste más sobre otras, confundiendo en igual servidumbre á cuantos estaban debajo. El guajiro y el isleño han sido tan esclavos como el negro. El veguero es un siervo adscrito á la gleba. Trabaja sin remisión ni esperanza para el bodeguero que lo estafa y para el marquista que lo explota.

"En España la Santa Hermandad asaeteaba á los bandoleros; luego los descuartizaban, y hasta los quemaban vivos. El bandolerismo, que ya no existe en Sicilia, que ya no existe en Grecia, subsiste en España. En Cuba se les ha perseguido más de una vez á sangre y fuego: y hoy todavía se buscan leyes especiales y tribunales especiales para reprimir los bandidos. Cuando no es que nos falten leyes, sino que nos sobran las causas de disolución social. ¿De qué nos ha de servir, pues, una reforma lejislativa, suponiendo que lo sea, si lo que se necesita es cegar las fuentes de corrupción, empezando por lo alto; respetar y enseñar á respetar todos los derechos, sobre todo los de la persona humana como tal; abatir las desigualdades arbitrarias; combatir los privilejios extra-legales; esparcir la cultura verdadera, empezando por la de los sentimientos; en una palabra, rejenerar, morijerar y dignificar un pueblo entero? El bandolerismo no retrocede ante la fuerza, sino ante la civilización. Y en Cuba lo que avanza es la barbarie."

¿A qué citar más? ¿No corrobora suficientemente nuestra afirmación lo que hemos transcrito de su gran estudio sociolójico sobre el bandolerismo? No tuvo el filósofo camagüeyano más objeto que desentrañar las causas que producen aquel cáncer social, lo que realizó de

manera cumplida y admirable; y sin embargo, en conjunto, su estudio es como el proceso frío y severo de la colonización española en Cuba. Si en Cuba lo que avanza es la barbarie, toda la responsabilidad es de la raza dominadora, de la que elabora las leyes y forja las autoridades. Desde este orden de ideas, la guerra cubana fué realmente un milagro social, porque tal nombre merece la manifestación de enerjía tan poderosa en un medio que tendía á su anulación antes que á su desarrollo. El movimiento intelectual, todo ó casi todo lo que entra en el dominio de la cultura, es obra de la perseverancia y del civismo cubanos. Hay, pues, en Cuba dos grandes fuerzas: una que propende á nuestra degradación, representada por el predominio español, y otra que se le opone, representada por individualidades aisladas, que libran rudo combate por nuestra rejeneración. La historia de las luchas de estas dos fuerzas es la historia moderna de Cuba. Varona mismo es un testimonio vivo de lo que son esas individualidades. La altura intelectual en que se ha colocado es obra exclusiva de su esfuerzo. No ha pisado jamás los umbrales de ninguna universidad nacional ni extranjera; no tiene más título académico que de simple bachiller en artes; nada le debe á la enseñanza oficial, á no ser-

el trabajo de rectificar las primeras nociones adquiridas, y posee con conocimiento perfecto el latín, el griego, el francés, el inglés, el alemán, el italiano; es tan erudito en literatura española y en literaturas extranjeras como en filosofía, en todo lo cual puede abrir cátedra; conoce además algunas ciencias naturales, habiendo presidido la Sociedad Antropolójica; todo esto adquirido en tanto libraba y libra la triste lucha por la vida, sin otros elementos que los que le proporciona su trabajo personal, solicitado por las atenciones de su numerosa familia, estando dotado de un temperamento nervioso, de suyo enfermizo, y habiendo realizado tan prolífica labor mucho antes de haber cumplido cuarenta años. Y este polígrafo eminente, ya lo hemos demostrado, es hoy uno de los apóstoles más convencidos que tiene en Cuba la única solución redentora de todos nuestros problemas: *Cuba para los cubanos.* La formación de su personalidad intelectual ¿no es un argumento vivo en pro de la realización del gran ideal? Así como muchos han llegado al radicalismo por el sentimiento, Varona ha llegado á él también por el mismo camino, pero impulsado por el estudio, el análisis, la observación, pudiendo decirse que es la representación del radicalismo científico.

MANUEL SANGUILY.

Manuel Sanguily.

Manuel Sanguily.

I.

NACIÓ en la Habana en 1839. Su padre, hábil comerciante, era oriundo de Francia, y su madre inglesa. Huérfano desde edad temprana, un español que había sacado de pila á su hermano Julio, el Coronel Pizarro, en quien supervivía bajo el barniz de la cultura moderna el espíritu estrecho y autoritario del conquistador castellano, le dió abrigo en su hogar, especie de cueva de Covadonga en que un cenáculo de fanáticos ofrendaba á la clásica trinidad ibérica: Dios, Patria y Rey. Pero á la vez que el ríjido hidalgo abría al huérfano las puertas de su santuario,

lo encaminó á *El Salvador*, donde el venerando José de la Luz realizaba el milagro de ceñir la toga viril á una jeneración nacida para recibir todas las influencias de la tiranía y adaptarse á todas las formas de la abyección. No tardó mucho en surjir el conflicto que necesariamente había de enjendrar la enseñanza de *El Salvador* entre la conciencia del adolescente asilado y los principios del Coronel Pizarro. Un día, el empedernido monárquico llamó á su joven protejido, y sin piedad, con la inflexibilidad de un juez militar, fundándose en las ideas "perturbadoras" que profesaba, lo puso en la disyuntiva de renegar de éllas ó de abandonar su casa. Sanguily, protestando de aquel acto brutal que lo relevaba de toda gratitud, optó por lo segundo, echó á andar sin rumbo, como el judío de las leyendas, durmiendo la noche de aquel aciago día en las baldosas del palacio de Aldama. Al día siguiente obtuvo una plaza de pedagogo en *El Salvador*, á la sazón dirijido por aquella esfinje que se llamó José María Zayas, plaza que desempeñó hasta que estalló la guerra. Partió para el extranjero, vino á Cuba con Quesada, permaneciendo en el campo de la acción hasta que en compañía del Jeneral Sanguily salió para los Estados Unidos en comisión del Gobierno, donde le halló el pacto del Zanjón. De New

York partió para España, donde obtuvo el título de licenciado en derecho, trabajó breve tiempo en el bufete de D. Antonio González de Mendoza, renunciando al ejercicio de esta proprofesión para consagrarse al Majisterio. Esta última fase de su vida es la más importante, por la alteza de las manifestaciones intelectuales y morales; pero no es posible bosquejarla siquiera sin volver al período de iniciación y de tanteos.

Su tipo físico delata su orijen étnico; más que un criollo parece un aristócrata inglés de pura raza. Tiene del sajón, además, la reflección fría y serena, el amor á la experimentación, la perseverancia, esa gran milagrera de nuestros tiempos de realismo; y del galo, en perfecto equilibrio, la imajinación calenturienta y fecunda, el valor cuasi romántico, el dón de ver los aspectos ridículos y la facultad de exteriorizar esta emoción de privilejio en frase pintoresca, gráfica, cáustica. Al rico continjente de la herencia, para acrecentarlo y acendrarlo, únese la simplicidad y aspereza de su destino. Huérfano y pobre, su primera pasión será pasión varonil, esencialmente masculina, el amor idolátrico á su hermano Julio; acojido por un militar español que lo lanza de su hogar porque ve en él no el colono plástico, piedra angular del edificio de la dominación, sino el colono vi-

ril é incorruptible que presajia la lejión rebelde, aprende en amarga experiencia á deberlo todo al propio esfuerzo y á convertir el sentimiento de la colectividad, en principio, en aspiración superior, en ideal. Amará este ideal, se consagrará á su realización llegando por él al sacrificio injente, y despues de la catástrofe, cuando sólo quede el recuerdo de la epopeya grandiosa, entre el mutismo ó la indiferencia de unos, la animadversión declarada de otros, y la sañuda hostilidad del enemigo armado y omnipotente, en la tribuna ó en el periódico, mantendrá la fe jurada, proseguirá su apostolado con devoción fanática, magnífico de consecuencia, como el último superviviente de una estirpe de titanes que predica la relijión de sus hermanos ante una jeneración de pigmeos resignados y mansos. Por ello puede decirse, en estricta justicia, que es la encarnación jenuina del sentimiento cubano en su pristina pureza. Cuando el pueblo cubano ha tenido conciencia de su fuerza, ha concebido un ideal político propio suyo, carne de su carne: la independencia. Sanguily ha servido este ideal con la pluma y la espada primero, después con la pluma y la palabra, siempre con abnegación extraordinaria, sin vacilar un instante, sin cejar una línea. Su vigorosa dialéctica no se ha limitado

á romper lanzas en defensa de su causa frente á la abrumadora realidad nacional, ha combatido al anexionismo, desmedrada florescencia del utilitarismo y el pesimismo, vejetación exótica; ha combatido al autonomismo por su obra infecunda de españolización; ha combatido el asimilismo como una máscara irrisoria con que encubre su cinismo la secular tiranía de los aurívoros burgueses que en todo tiempo han constituido en Cuba incontrastable oligarquía. Su adhesión á la causa terríjena, al ideal de la independencia, no es ni ostentación vanidosa de personalismo, ni petrificación de ideas, como la de esos devotos que viven adheridos al error por falta de lucidez ó por conformación, como la ostra al pilote. Su fidelidad á la gloriosa bandera de Yara es el resultado de la pasión y de la crítica, del exámen constante, razonado, de la disección ininterrumpida de la realidad ambiente, de la comparación entre los hombres de ayer y los hombres de hoy, del espectáculo lastimoso que ofrece al fracaso de todos los sistemas opuestos al sistema en que Cuba sería soberana dueña de sus destinos. Para que en él todo sea armonía, correspondencia íntima, sinceridad perfecta, se mantiene aislado en política, ejerciendo la crítica como sectario de una escuela; aunque con criterio ámplio y levantado

no ejerce la profesión de abogado, porque tiene á mancilla jurar el cargo ante la imajen de la realeza y de la divinidad, y por su alma inmaculada, como "el alma de armiño" de D. José de la Luz, jamás podrá vivir en contacto con la caterva farisáica de nuestro foro, flor y nata de las tradiciones y usos que nos ha importado nuestra pródiga Metrópoli. Esta vida llena de austeridad, esta abnegación severísima, que para muchos es extravagancia, cuando en puridad no es más que el exponente elocuentísimo de un gran carácter, si bien ha ceñido á su frente la aureola que impone la admiración y el respeto, en lo real ha creado el vacío en torno suyo, ante él siempre se alza esa vieja lejendaria, descarnada y harapienta que simboliza la pobreza; para con él la solidaridad humana, virtud rudimentaria, es poco menos que un delito, como si los hombres de su calibre estuviesen condenados en nuestro medio social á morirse de hambre, á buscar el pan bajo extraño clima, ó á vejetar entre acomodamientos y transacciones.

Cuando fué á la guerra era casi un adolescente. La Revolución, intelectualmente, detuvo la obra que había comenzado *El Salvador;* moralmente completó, templó, dió tono á su carácter. Luchó á las órdenes de Quesada, de

Jordan, de Máximo Gómez, de su hermano Julio. Tuvo á su cargo el mando de una división en el sur del Camagüey, que renunció por exijencia de su dignidad; fué el diplomático escojido por Vicente García para pactar la capitulación de la plaza de las Túnas; escapó á milagro de las garras del enemigo cuando este hizo prisionero al ilustre patriota Antonio Luáces; fué herido gravemente en un ataque á un fuerte que dirijía Ignacio Agramonte; se batió, entre otras menos célebres, en las famosas acciones de las Guásimas, Naranjo, La Sacra y Palo Seco, alcanzando hasta el grado de Teniente Coronel. En el campo de la acción, como ciudadano de la República de Cuba, fué militar pundonoroso y bravo, orador, periodista, consejero anónimo y desinteresado, diputado con carácter especialísimo, sin figurar nanca en primera fila, de manera incompleta, sin intervención eficaz y decisiva en los negocios públicos, con más singularidades de carácter que con caractéres de actor prominente. Hubo muchos como él, como el estóico Rafael Morales, el íntegro Antonio Luáces, el jeneroso Ayestarán, y otros más que no fueron sino enerjías aisladas, fuerzas diseminadas y, por tanto, perdidas, porque no tuvieron un centro de atracción, una personalidad lejítimamente

prestijiosa, jefe y guía, que los congregase en torno suyo utilizando su actividad y su civismo en beneficio de la comunidad. Este vicio constitucional, anulando personalidades valiosas, abrió el camino para que se entronizasen otras, como los hombres del poder lejislativo que con el espíritu sedicioso de Vicente García y otros factores análogos, responderán ante el tribunal de la historia del naufrajio de aquel esfuerzo prodijioso por la Libertad y la Justicia.

Sanguily era adversario jurado de la Cámara, elemento de coerción para el ejército, que necesitaba todo el poderío de su espontánea iniciativa; de aquella Cámara, que en un alarde de puritanismo depuso á Céspedes y no osó poner á raya al sedicioso cacique de las Túnas; de aquella Cámara, cuya larga y tortuosa crónica no escrita todavía, será austero proceso, fertilísimo en provechosas enseñanzas..... Sanguily fué miembro de aquella Cámara, pero llevó á su seno representación insólita, era el delegado del ejército que lo envió allí á conquistar su emancipación de la tutela del poder lejislativo. El empeño fué infructuoso, y á duras penas pudo volver á ocupar su puesto en las filas el diputado militar, gracias á las habilidades y sutilezas de aquellos estadistas imponderables.

No fué Sanguily un político, ni la Revolución Cubana puede ufanarse de haber poseido muchos, ni era tampoco el teatro adecuado para producirlos; no obstante, en las grandes crisis por que atravesó la guerra, abogó por la solución más práctica y eficaz, por la que fué, desgraciadamente, opinión de la minoría, y que no llegó nunca á prevalecer. Así, por ejemplo, cada vez que la hidra de la discordia asomó su asquerosa cabeza, aconsejó el único remedio eficaz, el rigor de la ordenanza; la deposición de Céspedes no obtuvo de él más que execraciones, tanto porque ya no existía el único, el escojido para reemplazarlo con ventajas, Ignacio Agramonte, "al que sólo faltó la victoria para brillar al lado de los grandes próceres de la independencia americana," cuanto porque, como lo demostraron los hechos posteriormente, todos los que sucedieron á Carlos Manuel en la primera majistratura, desde Cisneros hasta García, ó no reunían las dotes necesarias que exijía el elevado cargo, ó no pudieron disponer de los elementos indispensables para demoler y reedificar con provecho de todos; pero positivamente porque ninguno era, como Céspedes, un símbolo, un emblema, una encarnación.

Hay, quizás, en la vida revolucionaria de Sanguily, exceso de individualismo, la indepen-

dencia del que ha nacido para la creación y la dirección, algo de aquellos caballeros templarios que peleaban por su cuenta y riesgo en los desiertos que frecuentaban los infieles, pero sin que jamás llegasen á pisotear la disciplina ni á quebrantar las leyes. No hay que olvidar que el individualismo es su nota característica, como fué la nota predominante de casi todos los prominentes de la Revolución; pero en aquel grado y medida en que es un factor prolífico y de buena ley, en que es como el salvo conducto del carácter.

II.

Después del pacto del Zanjón, Sanguily, con sacrificios inauditos, afrontando angustias indecibles, se dedicó á la realización de una obra de coloso, que muy pocos podrán apreciar como magnitud y como esfuerzo. Era esta obra continuar por sí mismo la tarea comenzada en *El Salvador* é interrumpida por la guerra: terminar sus estudios del derecho, rectificar los conocimientos adquiridos, conocer todas las conquistas realizadas en el mundo intelectual. Luchó con ardor y perseverancia, y obtuvo triunfo es-

pléndido: ganó en buena lid uno de los primeros puestos entre nuestros hombres de letras. Fruto ó lauro de esta hercúlea campaña, es su estudio sobre *Don José de la Luz*, una pequeña obra maestra en el jénero crítico-filosófico. Esta creación excelentísima, en que aplicó al gran maestro para explicar su carácter, su obra, sus estados y la evolución de sus ideas, el método del insigne Taine, y en que se aúnan la serenidad del analista con la admiración del discípulo, es la última y más autorizada crítica del ilustre educador cubano. No lo creyó así Don José Ignacio Rodriguez, su benemérito biógrafo, y provocó una polémica en que la lójica, la moderación, y al cabo la victoria, hicieron alianzas con Sanguily.

Los discursos políticos pronunciados por Sanguily en Cuba libre ó en la emigración, inferiores á los acicalados y retóricos discursos de Antonio Zambrana, despues de Piñeyro el orador más famoso de los revolucionarios, ó pecan por exceso de concisión, por el efectismo inherente á las arengas políticas, cuando lo que importa es mantener inextinto el fuego del entusiasmo, ó por abundancia de lirismo y de períodos cadenciosos y huecos, en los que es maestro sin segundo don Emilio Castelar. Los discursos de Sanguily, que son frutos de su depura-

ción mental, sin que alcancen la majestad escultural de los de Piñeyro, los aventajan en la variedad y riqueza de los conceptos, en la fuerza de la imajinación, y en el fondo pasional, que les da más animación y vida. Superiores, superiorísimos á los primeros, y á los coetáneos de Zambrana, con la superioridad de un astro esplendoroso, en pleno medio día, sobre un astro menor obscuro y frío, ya en el ocaso de la decadencia, sólo son inferiores á los de Rafael Montoro, ese condor de la tribuna cubana, y hermanos en mérito de los de Enrique José Varona. Libre de las influencias de los primeros años, y con cierta semejanza en el corte y sabor de los períodos á los de Piñeyro, distingue su fisonomía oratoria el párrafo estrofa; porque jamás produce en la tribuna obra homojenea, sino un todo que es á la vez conferencia, oración tribunicia y conversación de *dilettante* pintoresco; labor compleja de un cerebro cultivado, de un corazón vehementísimo y de una imajinación fecunda y pictórica. Su preocupación por colocarse en el justo medio, llena sus párrafos de oraciones incidentales que á veces alejan si no oscurecen la idea madre, embarazando el desarrollo y perjudicando la belleza de las cláusulas. Por eso los momentos más felices son aquellos en que predomina el corazón y la fan-

tasía, sin que esto sea negar su mérito á los pasajes sóbrios y serenos en que todo, ó casi todo, es producto de la fría reflexión. Colorido irrreprochable, vigoroso relieve, conceptos profundos, análisis sutil y síntesis completa; dominio absoluto del lenguaje en sus cualidades de formas, colores ó armonías, verbo dialéctico, propensión á descubrir las medias tintas de las ideas, torneos de polemista siempre presto á entrar en liza; todo esto hallará el crítico literario estudiando sus discursos. Pero lo que distingue, lo que individualiza su oratoria, es su carácter vindicatorio, oratoria única, de "fulgurantes anatemas" y de vehementes y solemnes desagravios. Es el jenuino orador de Cuba, puesto que es el verdadero representante en la esfera de los principios, del ideal jenuinamente cubano.

"Los insurrectos,—ha dicho en su famoso discurso sobre los elementos y caractéres de la política en Cuba, pronunciado en Matánzas en 1887;—por mandato de la adversa suerte—tuvieron que abandonar el reducto deleznable.... arrojaron lejos de sí la espada gloriosa, pero rota ... sorbieron las lágrimas del despecho, y luego—solos, abandonados, y sin crédito-se desparramaron, desaparecieron por todas las direcciones del horizonte, llevando consigo, como único bien, la bandera desgarrada, polvorosa y sangrienta, que, tras el último beso, guardaron en el fondo del alma, como en urna de oro, para conservarla allí durante la existencia entera—á modo de precioso relicario de sublimes y tristes memorias—protejido por la lealtad indomable, contra las

injusticias de los hombres y las iniquidades del destino."

"Mas,—añade al final del mismo discurso,—cuando, á ocasiones, pienso en nosotros, en esta jente cubana—hija y heredera de tan viciosos y magníficos mayores,—me figuro residir entre budistas que se extasían en no sé qué ensueños de inacción y de *nirvaña*; y mirando nuestras palmeras jentiles, sintiendo en la piel y en el cerebro los ardientes calores de nuestro clima, y observando la vivísima luz de nuestro sol, las tintes rojizas de nuestros encendidos horizontes, que semejan las reverberaciones de lejanos inmensos incendios; nuestros crepúsculos tristísimos, como los crepúsculos de los grandes desiertos intertropicales, llego á imajinarme que estoy en tierras asiáticas ó africanas, entre tribus adormecidas, ó árabes indolentes, que fuman tranquilamente su pipa, sin pensar ni sentir entre las espirales tenues del humo, que suben y se desvanecen, ajenos á toda seria preocupación, incapaces de ningún esfuerzo grande sostenido, envuelto en albornoces el cuerpo y en degradante sensualismo el alma sin ideal, sin fe y sin vida.... Y, sin embargo, estoy en Cuba—en la confluencia de dos mundos, de dos civilizaciones;—jardín eterno, tierra de amor, de poesía y de vitalidad exuberante, verdadero milagro de la naturaleza, donde la tradición susurra piadosamente al oído de cada nueva jeneración, martirios que no tienen altares, degradaciones sin castigo, iniquidades sin venganzas. Nuestros anales, que aún no están escritos, conservan el recuerdo de hombres extraordinarios que peregrinaron durante toda su existencia por extranjero suelo; de mártires que subieron á los cadalsos, cantando como los Girondinos, ó salmodiando un rezo de divino consuelo, como los primeros cristianos, ó profiriendo maldiciones apocalíticas, como los profetas judíos. Nuestros bosques murmuran con el concertante musical de todos sus misteriosos ruidos, las oraciones y los ayes de las familias que vivieron bajo sus hojosas bóvedas, como los drúidas galos. Todavía blanquean en las sabanas los huesos épicos de los que supie-

ron en tierra de América combatir como los héroes de las leyendas de Europa y de Asia. Aún trae el viento movible en sus caprichosas ráfagas el éco estruendoso de miles de combates. Aún se alza en la conciencia la augusta sombra de algún prócer que solo vive la vida del recuerdo cobarde de las confidencias familiares en voz baja, esperando indignadas salir enteras á la luz en la noble y franca inmortalidad de la historia. Todavía—de noche, —cuando sopla el vendabal, y se oscurece el cielo, y silva furioso el viento,—el atalaya del castillo se imajina descubrir en la brumosa lontananza, cruzando rápidas, las naves de nuestros piratas expedicionarios, y el campesino, extraviado en la tortuosa senda del bosque, cree oir el rumor creciente de los latro-facciosos que se acercan; pues—donde quiera—en plazas y calles, en los montes y los llanos, se siente aquí, al través de la poesía del recuerdo, y de las amarguras y tristezas de la realidad, ajitarse—como átomos vivos y numerosos—los elementos inmortales de la relijión inmortal de nuestro espíritu, las notas dispersas y sonoras de ese coro sublime de patriotismo que resuena en el corazón de nuestro pueblo,....el único timbre de lejítima gloria para los cubanos, para esta ilustre raza española nacida y conformada en la isla de Cuba,—ni menos noble, ni menos valerosa, ni menos digna del derecho y la libertad que aquellas otras fracciones del antiguo colosal imperio español, que hoy, dentro de esta atmósfera de América, pero bajo la fe de sus mayores, conservan gratitud incomparable á las jeneraciones que por ellas se sacrificaron, y en lengua castellana bendicen su destino; porque pudieron un día merecer la libertad y tuvieron entonces, y siempre fe profunda en la Justicia, y confianza invencible en la dignidad humana."

Los pasajes transcriptos corroboran nuestro aserto. El carácter distintivo de sus discursos, será el mismo de sus labores políticas y literarias, de sus conversaciones íntimas. Glori-

L. OF C.

ficar la guerra, indignarse porque se niegan sus hechos ó se desconocen sus conquistas, anatematizar á los que no saben sentir y profesar la dignificadora relijión de la apoteósis política, comparar sistemas, épocas y hombres, parece como jenerosa misión que se ha impuesto, como si hubiese sobrevivido para velar por el culto á los que perecieron en la demanda. Ahí está todo su espíritu, ahí está el reflejo, la expresión de su ser moral, toda su historia, que es la consagración al ideal de toda su vida, modificada, en teoría, en lo que mira á la aplicación de los principios.

III.

En su formidable crítica á los comentarios de D. Ricardo del Monte á la biografía del Conde de Pozos Dulces, por D. Vidal Morales y Morales, vindicando la memoria del célebre director de *El Siglo*, á quien se trató de pintar como reformista sincero, cuando quedó demostrado que fué un simpatizador ardoroso del separatismo, soñador flaco, irresoluto, como tantos otros, decía, refiriéndose á los que tienen mejor derecho á la ofrenda de sus sucesores:

"Otros, más merecedores de veneración y de amor, porque se acercaron más al ideal, y acaso lo sirvieron mejor y hasta el fin, han desaparecido; sus huesos pulverizados, como las cenizas de los maldecidos Epígonos de Grecia, han volado en alas de los vientos ...¿Qué importa su vida ni su muerte á esa pobre humanidad, cortesana del triunfo, esclava vil del éxito? Ah! fueron, sin embargo, los más nobles, cayeron vencidos—*¡gloria victis!*—y sobre ellos—como sobre el granito del planeta, se alza la pátria. Somos los cubanos desordenadas huestes que, al través del tiempo, van en sucesivo avance hácia la brecha, pisando sin saberlo ni sentirlo nuestros propios muertos, aquellos que iban delanteros y por lo mismo cayeron más lejos y más pronto . . La humana gratitud no puede fácilmente conservar la memoria de todos los que sucumbieron en pro de la obra común....—ay! son muchos, son el infinito; que se necesitan víctimas sin cuento para contentar al hambriento Minotáuro del patriotismo! pero los jefes, los guías, los que llevaban con alegría y heroismo el oriflama; los que se expusieron más en el peligro; los que rodaron desde mayor altura é hicieron más grande ruido que los otros,—esos no pueden olvidarse:—pueblo que no los reverencia es una desgraciada muchedumbre, sin corazón, sin conciencia, y consiguientemente, sin porvenir y sin esperanza; esas grandes representaciones son como los esqueletos de las caravanas infortunadas que en el desierto africano señalan el camino, continuamente borrado por tempestades de arena, á las caravanas que vienen detrás; son conductores de la vida pública; algo así como la Via Apia de cada pueblo que lucha, que quiere avanzar y vivir; una serie de sepulcros al borde de la abrupta senda; pero cuyas emanaciones son gratas como los perfumes del árbol de la Arabia, y cuyas inscripciones ó epitafios son fragmentos del gran poema del espíritu, hojas indelebles en que, con sangre y lágrimas, se va escribiendo la historia de la Patria!"

Replicando á la petulante alusión que desde

el Parlamento español le dirijiera el *leader* del integrismo, el diputado Villanueva, escribía:

"Cambie, si le place; ó no cambie nunca; que, á la postre, el porvenir es cosa de Dios, según ha dicho el orador teólogo. Pero miéntras tanto—ó á pesar de todo—no siga creyendo en que seamos los cubanos los que amenazamos nunca, ni á España ni á la civilización, con "la raza negra." Si alguien ha maltratado y ha adulado en Cuba al negro no ha sido ciertamente el cubano. Y si alguien ha querido siempre dignificar, moralizar y libertar al negro en Cuba, no ha sido positivamente el español. En la guerra—bien lo podemos decir—fuimos todos iguales en cuanto á la composición de las fuerzas. Si tenían muchos negros en sus tropas los cubanos, no menos los tenían los españoles. Negro es Guillermón, brigadier insurrecto, y negro era Pueyo, Mariscal de Campo del ejército español. Negros eran casi todos los soldados de Maceo, y negros casi todos los soldados de Santos Pérez. Negros eran muchos escuadrones de Agramonte, y negros casi todo aquel batallón de *Valmaseda* que murió entero por España en el llano de *Palo Seco*...."

Ya queda demostrado cómo se ha erijido, por indisputable fuero propio, en el vindicador austero de la lejión sagrada de nuestros héroes y mártires, cómo ha elevado su adoración á la categoría de culto inefable, discerniéndole la opinión el título de sacerdote único. Veamos ahora al abogado del ideal separatista, ora exponiendo la doctrina, ora combatiendo á sus adversarios, bajo los pliegues de la bandera española, tras la cual velan el artículo del Código, la bayoneta del vándalo. ó la diatriba del periodista *leal.*

"El espíritu separatista, ha dicho, es particularmente, algo así como un instinto, como un sentimiento jenuinamente español, así en Europa como en América; sobre todo si se entiende por espíritu separatista, como yo lo entiendo, aquella suprema resolución por cuya virtud el hijo digno se desliga del hogar tirano, el pueblo oprimido abandona, rompe la ley del Estado que lo sujeta como una coyunda y que lo esquilma como un facineroso" ..."El Cid, bajo este aspecto, pudiera considerarse como la verdadera personificación del español, ya de aquellos hijos de reyes que desde los comienzos de la lucha con el invasor, se sublevaban contra sus padres y señores, por la ambición del trono, como de estos jenerales contemporáneos que se pronuncian contra los gobiernos por el amor de una idea. Porque, apesar del tiempo, no se ha modificado ese fondo sustancial del carácter español personalista y guerrero, que heredaron de los godos y afianzaron perpetuamente al través de su historia, que parece un inmenso campo de batalla. De ahí los dos hechos psicolójicos que caracterizan la colonización española, desde su orijen hasta nuestros días. Por una parte, la desconfianza tradicional, instintiva; la perenne é invencible suspicacia de la Metrópoli; y por otra parte, el espíritu altivo, inquieto y separatista de sus súbditos transfetanos."

"Fué España, hasta la invasión árabe, un pueblo casi teocrático, exclusivamente relijioso." "De tales sucesos, de tan incesante luchar (la reconquista y sus múltiples accidentes), salió á la vida moderna el español nuevo, naturaleza heróica, terrible hombre de acción, soldado tremendo, conquistador maravilloso, que con un puñado de compañeros rejistra en América bosques que parecen impenetrables, trepa en las montañas hasta la vertijinosa altura á que sólo el condor había llegado; se pierde en las más pavorosas soledades, desprecia tribus inacabables de jente salvaje, se abandona impasible á la corriente de ríos que parecen mares, surca animoso, en frájiles naves, mares que parecen la inmensidad, y en breve espacio, vencedor en campales encuentros de cientos de miles de guerreros,—sujeta á su incomparable es-

pada colosales imperios, con tan inaudito atrevimiento que aquella singular empresa de la conquista parece todavía un cuento mitolójico."

"Pero, á un tiempo, por ley natural, en aquella recia y superior organización, debía avergonzarse una mente flaca, fruto raquítico de la teolojía, del ensueño contínuo, del predominio de la imajinación, atrófia de las facultades que dicen ahora *objetivas*, por causa del desmedido desarrollo del *objetivismo*. Hoy es hoy y todavía, comunmente, son los españoles caballeros de la Edad Media que mueren por su rey, por su Dios y por su honor." "En nuestros días, que comienzan á extenderse por España los estudios propiamente científicos, son todavía sus mejores timbres los literatos y los artistas." "Analizan y escudriñan los españoles como verdaderos benedictinos; pero con lo que hoy se denomina "espíritu literario." "En cambio, la grandeza real, la supremacía incontestable del jenio español, está en sus místicos cristianos en sus pintores, en sus poetas, en sus oradores, es decir, allí donde reinan el sentimiento y la fantasía. ¿Os sorprende ahora que no sean aún—en su mayor parte—dóciles á la realidad y á la experiencia?"

Como forzosa consecuencia de estas verdades fundamentales, como amplia aplicación de la doctrina aquí contenida, en su magnífica inpugnación al infortunado folleto de D. Antonio Zambrana, titulado *Una Visita a la Metrópoli*, como cada vez que ha tenido que combatir al partido autonomista, su réplica, toda su argumentación, ha sido la extensión del espíritu de su estudio *Elementos y Caractéres de la Política en Cuba*, que es, indisputablemente, el discurso de más importancia, el más trascendental de los que han resonado en estos tiempos en la tribuna cubana.

Si quisiéramos, para completar el boceto de Manuel Sanguily, explicar por comparación el desinterés de su amor á sus principios y la elevación de su carácter, nos bastaría trazar un paralelo entre él y D. Antonio Zambrana. Renunciamos, en parte, á esta tarea, para señalar los contrastes más salientes y la causa real del antagonismo que separa al apóstol sin tacha y sin miedo del ideal cubano, del ex-león de la asamblea de Guáimaro.

Zambrana abandonó el precario territorio de la República Cubana en los primeros tiempos, para peregrinar por el continente americano, y no volver al seno de la patria sino muchos años después de la celebración del Pacto, permaneciendo ajeno ó indiferente á los sucesos anteriores á él, y á los que del mismo se derivaron. Antes de tomar puesto, antes de definir su situación, vaciló mucho, alzó bandera, estuvo á punto de romper hostilidades con el partido autonomista, hasta que ingresó en su seno obtetiendo el acta de diputado á Córtes por la Habana. Las jestiones hechas en Madrid para su admisión en el Parlamento, sus discursos pronunciados en la comarca oriental y su folleto *Una Visita á la Metrópoli*, son en conjunto la confesión más paladina de arrepentimiento, como si para dar crédito á sus actos y hacer triun-

far su nuevo plan de vida, viese su sagacidad de político la necesidad perenne de renegar y abominar de su pasado y de proclamar con estentóreos acentos su novísima fe y su fulminante amor á la madre España.

Sanguily, en el artículo titulado *Un Insurrecto Cubano en la Córte*, en el que late el sentimiento sincero de ver al antiguo compañero de una era gloriosa, ansioso de borrar como un estigma ese pasado que es el pedestal por el cual sobresale su estatura de la estatura de la muchedumbre; despues de señalar las innúmeras y evidentes contradicciones, afirmaciones huecas y rimbombantes, ideas peregrinas y equilibrios de lójica en que abunda el malhadado folleto; demuestra que si el separatismo, como tendencia, influye negativamente en la evolución de la política cubana, siendo, por consecuencia, una tendencia liberticida y antipatriótica, lo conveniente es arrancar sus venenosas raíces de nuestro suelo, en lo que coinciden y se confunden conservadores y autonomistas.

"Pero,—añade,—como el separatismo es un producto, una consecuencia, un resultado indefectible de la conducta de los españoles y de la política ultramarina, claro es que el partido autonomista se empeña en una obra contraria á la naturaleza misma de las cosas. Semejante tarea de los políticos cubanos, emprendida en nombre de la libertad y de la patria, es á la larga destructora, cuando menos infecunda, pues que,

por un lado, el español siembra enemistades, en tanto que por el otro lado, el autonomista pretende ahogarlas en las conciencias y de paso encender en ellas un amor absolutamente imposible y absurdo. No siempre el perro mismo lame la mano del que le pega."

Plantea luego el problema de la autonomía, como única y eficaz solución á nuestras complejas cuestiones, y dice:

"La cuestión cubana, pues, depende de la raza española y de la psicolojía, y sabido es que una raza no se modifica, que el cerebro de un pueblo no cambia en un momento, cuando es un producto de la labor secular de los siglos." "La autonomía es una solución muy sabia y muy juiciosa; pero depende de España, y no es de creer que se la convenza y se la arrastre á otorgarla por los medios y las "rarísimas virtudes" que ponen en juego los autonomistas; pues hay que reconocer que su *acción* es insignificante, su solidaridad mezquina y su decisión muy dudosa." "Si los autonomistas son cubanos ¿á dónde están la jenerosidad y el desprendimiento de estas jeneraciones de cubanos en obsequio de su ideal? Las otras jeneraciones, las de 1868, supieron por servir el suyo, ofrendar en el altar de la patria sus familias, sus propiedades, su reposo, su vida! Se me dirá que eran aquellas jeneraciones heróicas. No; eran sencillamente patriotas, y nada más: tenían un ideal, lo amaban y por él supieron sacrificarse; mientras las actuales, ó no conciben ni aman la autonomía como su ideal, ó son incapaces de sacrificarse por ella. Ha habido, pues, descenso en los caractéres, ó descenso en las ideas."

"Es un hecho evidente,—termina diciendo,—que el pueblo cubano está dividido en aspiraciones y tendencias: que el partido liberal no ha podido fundirlo en una gran acción, constante, poderosa y eficaz; que la autonomía es sólo una esperanza incierta y lejana; que la anexión es un absurdo; que la independencia es el sueño que casi todos, acaso, hacen en secreto y que muchos condenan en voz alta; que la asimilación es la ruina y el

desastre.... España no acierta, ó resiste siempre; y Cuba ni siquiera muestra que siente de veras la necesidad de asistir. Es una nave resquebrajada, sin timón y sin brújula, que en mar proceloso y entre densas tinieblas se sostiene indolente, y resiste, sin embargo, al viento de Dios!"

En todo lo que acabamos de apuntar resalta la diferencia mental y moral entre ambos cubanos, y está, además, la razón de por qué Sanguily se obstina en mantener su situación independiente, lo que le ha valido las más absurdas, pero también las más acerbas censuras. Todo lo que nosotros pudiéramos aducir para justificar su envidiable actitud en nuestra política, está aducido, en espíritu ó en letra, en todo lo que de él hemos copiado. Se ha dicho por algunos que su papel es negativo, su actividad estéril, que está en el deber ineludible de acojerse á una de las banderas que ondean al amparo de la legalidad, que no tiene derecho á fiscalizar los actos del partido autonomista. Basta su ejecutoria de pensador ilustre, su abolengo, su título de cubano, para otorgarle todos los derechos inherentes á los directores de la opinión en las sociedades cultas. Basta la historia de su vida para otorgarle ese derecho como un fuero. Basta oir la eterna, monótona y jemebunda querella del coro autonomista, para sentir la íntima necesidad de oir una voz, como la suya, ruda y austera, indignada y varo—

nil, si ya no estuviera reconocido cuanto influye, mediata ó inmediatamente, en la opinión jeneral, la voz autorizada de un crítico de su talla, si, además, no fuese el órgano del verdadero, aunque anónimo, sentimiento del pueblo cubano; si, en fin, no estuviese evidenciado que influye por reacción en la conciencia de su patria, con el beneplácito franco de miles de cubanos que no temen confesarlo, y con el beneplácito también de otros cubanos que denominan "imprudencia" á la sinceridad, é "insania" á la viril franqueza.

IV.

José Antonio Cortina fué el representante de una etapa de transición, del período que separa las reverberaciones de la fe de las alburas del escepticismo. Enrique José Varona es el representante de una de las fases que ha recorrido una parte del pueblo cubano, yendo del españolismo al autonomismo y de este á la negación de todos los sistemas, excepción hecha del separatismo, que surje en sus disquisiciones como la razón última. Cortina llegó á las fronteras del separatismo impulsado por el senti-

miento, su conversión fué puramente emocional. Varona ha entrado en la tierra prometida guiado por la observación y la esperiencia, como filósofo que peregrinando en pos de la verdad, encuentra su símbolo en el ideal que animó la jeneración de 1868. Manuel Sanguily puede decir que el ideal separatista nació en su cerebro y en su corazón, con el resplandor de la primera idea y con el latido del primer sentimiento, para ser como atributo de su personalidad.

Si el separatismo aparece en él como algo innato, consustancial, su fidelidad á sus convicciones, tal como él la practica, con abnegación ejemplar, supone, como hemos demostrado, un espíritu de observación crítica, de orden superior; y otro elmeento que lo completa en la armonía suprema de su personalidad única en nuestro medio: el temple extraordinario de su carácter. Por ese espíritu de observación, por ese temple de su carácter, dotes indispensables á los guías para infundir á las multitudes el entusiasmo y la fe que vigorizan el ardor patrio, y robustecer la constancia, ha chasqueado más de una vez el látigo del desdén sobre los epilécticos del patriotismo, execrando á los ilusos que, desconociendo la realidad, han intentado engrosar el panteón de nuestros incontables mártires sin más resultado para la patria que

oir el martillo remachando los hierros que la oprimen; comoha justificado á los se-decientes patriotas, jente verbosa y platónica, que vive entre espejismos,y que profesa horror invencible á toda acción eficaz. Para realizar el ideal hay que trepar de nuevo la áspera cuesta del Calvario, pero con esfuerzo unánime y continuado, para evitar así lo que sería catástrofe más horrenda que la del pueblo polaco.

Sanguily ha permanecido espectador impasible de las tentativas de rebelión que se han sucedido despues del Pacto; por espíritu patriótico predijo á algunos de sus fomentadores el resultado negativo de sus esfuerzos, y la experiencia confirmó siempre sus predicciones. Quiere la acción, pero oportuna, decisiva; no el manantial de fuego que surje en la ladera de la montaña, abrasa el pasto, horada el suelo, y corre á enfriarse en la linfa del caudaloso río, sino el volcán flamíjero, rujiente y horrísono, que estalla con trueno pavoroso, oscurece el cielo, sacude los cimientos del planeta, inunda valles, sabanas y ciudades en mares de fuego, dejando límpida y pura la atmósfera y fertilizando el suelo, volviéndole la virjinal facundia de la primera mañana de la creación.....Miéntras tanto, miéntras espera que resurja Lázaro, con paciencia de benedictino, va acumulando

datos y noticias, acopiando materiales, para sacar á la luz de la historia, que es luz de apoteósis, la epopeya inmortal que empezò en Yara para caer en el Zanjón, reapareciendo, en un postrer estertor, en las montañas de Oriente, para morir en las mismas la que fué antorcha esplendorosa, como pálido fuego fátuo. Saco fué el historiador por excelencia de la esclavitud; Manuel Sanguily será el historiador sin segundo de la Revolución cubana, el esfuerzo más prodijioso realizado en América por la Libertad y la Justicia. Allí aparecerá aquella jeneración de jigantes en toda la majestad de su augusta grandeza; el relato pacífico de la injente hazaña y el tremendo desastre, la crónica casi fabulosa, por lo extraordinaria, de los que desafiaron desnudos, en la soledad de los mares, ajitadas las cabelleras por el soplo del huracán, altivos, indomables, sublimes, el rayo que estallaba sobre sus frentes, la ola amarga y jigante que los envolvía, el viento desencadenado que los alejaba del puerto y el escollo traidor que se escondíabajo las aguas, hasta la hora luctuosa en que todo se hundió en profundo y oscuro abismo. Sanguily, que parece haber sido respetado en aquella selección desoladora para guardar en su espíritu, como el óleo santo en urna de purísimo cristal, el alma de

aquella jeneración incomparable, elevará á su memoria perdurable, monumento de respeto y amor, narrando sus acciones. Si, entretanto, no abandona Lázaro su sarcófago, si está escrito que sea vencido por la brutalidad de los hechos se vengará de la iniquidad del destino y de la flaqueza de sus hermanos, con sólo un libro, escribiendo la vindicación gloriosa de la jeneración más cara á la patria; "triunfaría por el arte, manteniendo á un tiempo el triunfo de la Justicia y el imperio de la dignidad humana; que suele acontecer que cuando ya el ruido y el nombre de una batalla ha desaparecido entre las olas del tiempo y en la sima del olvido, resuena eternamente en el inmenso espacio la voz del poeta que maldice, y la palabra austera del historiador que sentencia!"

FIN.

A NUESTROS LECTORES.

Los tres Bocetos que forman este tomito, vendrán á ser la introducción á una extensa serie de Biografías de personalidades de nuestra patria.

La dirección de la REVISTA POPULAR se propone editar la serie, y la irá dando á luz de tres en tres, según se vayan recibiendo de los Sres. que se han comprometido á continuar la obra, que esperamos será al finar un verdadero monumento patriótico.

Ni por tener anteriores compromisos queda vedado el campo á nuestros compatriotas. Todo el que se juzgue competente puede tomar parte en la obra. Sólo necesita abrir comunicación con esta Dirección y ajustar con ella los acuerdos convenientes.

Si, como lo esperamos, tiene en nuestro pueblo esta idea la acojida que creemos merece, una Edición de más lujo hará más conservable aún la memoria de nuestras lumbreras, ya científicas, literarias ó artísticas.

Dirección por correo:

Director de la Revista Popular.

P. O. Box 188, Key West, Fla.

LIBRARY OF CONGRESS
0 015 819 142 8